

Biblioteca-Films

NÚM.

329

25

CTS.

¿QUIÉN LA MATÓ?



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería : Barbará, 16

BARCELONA

AÑO VII APARECE LOS MARTES
REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

Núm. 329

omisiones 19-100

¿QUIÉN LA MATÓ?

THE CANARY MURDER CASE

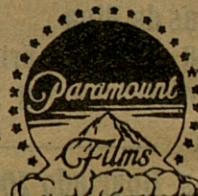
1929

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por los grandes artistas de la pantalla

WILLIAM POWELL, JAMES HALL,
LOUISE BROOKS y JEAN ARTHUR

por LOPEZ F. MARTÍNEZ de RIBERA

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA



P.º GRACIA, 91
BARCELONA

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

~~ALQUILER DE LIBROS~~
EXITO **96** páginas de texto sugestivo
Profusamente ilustrado
de la sentimental novela

LOS PECADOS DE LOS PADRES

por el eminentísimo
EMIL JANNINGS

Precio 1 Peseta

NÚMEROS PUBLICADOS

- | | |
|--------------------------|------------------|
| El Arca de Noé . . . | George O'Brien |
| La mujer disputada . . | Norma Talmadge |
| Trafalgar | Corinne Griffith |
| La Máscara de Hierro . . | D. Fairbanks |
| Las Mentiras de Nina . . | |
| Petrolona | Brigitte Helm |
| El loco cantor . . . | Al Jolson |

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Acompañando al importe un sello de cinco céntimos se remite
por correo certificado



LA CANARIA

En una de las salas de variedades más famosas de Nueva York actúa como primera figura del conjunto escénico, una mujer famosa en la gran urbe por su joyas, sus escandalosas aventuras, su belleza peligrosa y su despreocupación moral.

Se la conoce por *La Canaria* y es su cuerpo deseado por famosos millonarios, geniales artistas, jóvenes incautos, eminentes sabios y hombres, en fin, de todas las clases sociales y de todas las fortunas.

Se pagan a precio de oro sus caricias, se cotizan sus sonrisas a mejor valor que las más altas acciones; envidian, las mujeres, sus joyas, su tren de vida y su popularidad y los hombres se arruinan por convertir en realidad sus locos caprichos.

Es bella, muy bella, *La Canaria* y constituye la principal atracción del Coliseo en que actúan, más que sus habilidades artís-

ticas, la estética de sus piernas y de su busto maravillosamente moldeado.

Alejada un momento de la escena vuelve a ella, en el momento en que la presentamos a nuestros lectores, y su retorno a las candejas ha llevado a la sala lo más destacado del alegre mundo de Nueva York.

Para observar mejor y para que nuestros lectores conozcan más a fondo a esta vampiresa devoradora de fortunas, a esta aventurera despreocupada vamos a sentarnos en un palco, en el que dos hombres elegantemente vestidos dialogan sonrientes, oleando el paisaje de los palcos y la platea en que una ovación estalla a la aparición del cuerpo semidesnudo de la artista que envuelta en gasas y en luces policromas cruza la sala en un columpio que desde el escenario corta la sala en toda su extensión, llevando y trayendo a todos sus rincones el perfume penetrante de aquella deseada muñeca pervertida y adorada, cuyo rápido y vertiginoso vuelo pasea su desnudez impudicamente prodigiosa ante mil codiciosas miradas y por encima de una ovación que la persigue a través de la canción que entona el coro y corean con furia las bestias lividinosas que se esconden tras de los impecables *fracks* y las almidonadas y resplandecientes pecheras impolutas.

En el palco en el que penetramos con nuestros lectores se hallan el fiscal del Distrito

Mr. Markhan y Mr. Vance, un notable abogado, de cuyo talento se habla con admiración, pues fueron muchos los crímenes descubiertos merced a su perspicacia y a sus hábiles dotes de agudo observador.

Escuchemos su conversación. Ella nos puede dar a conocer mejor que explicación alguna el mundo en que desenvuelve sus actividades la codiciada mujer que nos ocupa:

—Me parece, Mr. Markham, que *La Canaria* le ha de dar algún día mucho que hacer si continúa de fiscal del distrito.

—¿Por qué, querido Vance?

—Ha despedido a su marido, un sujeto de pésimos antecedentes que vivía a su costa y ha prometido venganza, ante esta cesantía que le arruina, y juega ahora con tres personajes muy conocidos en la ciudad, alguno de los cuales no ha de ser fácil juguete en sus manos.

—¿Teme Vd. el crimen pasional?... Hace mucho tiempo que esa clase de enamorados han desaparecido de los tinglados de nuestro siglo. Además y tenía entendido que había envuelto en sus redes a Jimmie Spottswode, el hijo del multimillonario y que había logrado que este incauto joven rompiese sus relaciones con Alicia La Fosse, la ingénua de Varietés con quien estaba para casarse.

—Es cierto y lo peor es que ha logrado esta ruptura cuando ya el banquero Spottswoo-

de había dado su consentimiento. Pero también es cierto que el banquero está dispuesto a que su hijo termine sus relaciones con *La Canaria*, cueste lo que cueste, que a mi juicio ha de costar mucho, pues esta aventureña pretende hacerse dueña de los millones del padre casándose con el hijo, y ha jurado no abandonar tan fácilmente la presa que la promete un tan halagüeño porvenir.

Por la conversación de los dos hombres habrán podido comprender la situación en que se encuentran los principales personajes de este drama, y sobre todo, la bella aventureña que en aquellos momentos escucha una ovación que rinde la sala a sus encantos de mujer de moda envolviéndola en el halago de su admiración sobre la que una musiquilla estridente y sandía deja caer su final inarmónico mientras la cortina se abre y se cierra repetidas veces para que la artista sume en su haber un éxito más de los logrados por prodigios mil que pródiga Naturaleza derramó a raudales en su cuerpo maravilloso.

Ha pasado la hora del triunfo y la artista ha conseguido alejar de sí a sus admiradores. Está cansada y quiere retirarse pronto. La emoción del triunfo es más fuerte que su pobre organismo.

Le ha sido difícil lograr el empeño; pero cuando una mujer quiere espantar a los mos-



"La Canaria" rodeada de sus admiradores

cones que la molestan tiene poderosas armas conque lograrlo.

Nadie queda en su camerino más que su doncella, que sale unos instantes en busca de algunos objetos de su señorita abandonados en el escenario.

Cuando al fin, creyéndose sola pretende respirar a gusto *La Canaria* se siente molesta sin saber porqué. Está segura de que alguien la observa y no quiere volver la cara para convencerse de la realidad, hasta que éste le pone una mano en el hombro.

Un hombre mal encarado es el que se ha permitido tal caricia, ante la que reacciona *La Canaria*, como si algo muy repugnante se le hubiese posado en la piel.

—¡Qué haces tú aquí — pregunta la mujer desencajada —. Habíamos quedado en no volvemos a ver.

—No te enfades esposa mía. Es el hambre lo que me trae hasta ti; el hambre y el amor que siempre te tuve, paloma —, contesta el hombre irónico.

—Ah, sí? ¿Qué quieres?

—Dinero.

—No tengo.

—Tus joyas.

—Si tocas alguna de ellas, te entrego a la policía...

Las voces de la doncella se oyeron próximas.

—¡Mary! — clamó *La Canaria*, temerosa del hombre que apenas tuvo tiempo de apoderarse de una de las alhajas que la artista dejara sobre el tocador y de saltar por la ventana.

En aquel momento entró la criada.

—¿Qué la ocurre señorita? — preguntó.
¿Le pasa algo?

—No; nada... Ayúdame a vestirme tengo prisa. Estoy muy cansada.

Poco después las dos mujeres llegaban al hotel en que vivía la artista que penetró en

sus habitaciones y se dejó caer rendida en una cómoda butaca en la que se recogió un momento su debilidad femenil.

Estaba verdaderamente emocionada, pues no contó nunca con qué su esposo — al que diera una crecida suma para que la dejara en paz y huyera de Nueva York — volviera otra vez a pretender hacerla objeto de sus peticiones y de sus amenazas que habían de ser acalladas a fuerza de oro.

Poco a poco fué reponiéndose de las emociones pasadas *La Canaria*, no se dejaba vencer por tan poco y trató de serenarse dejando para el día siguiente aquellos pensamientos oscuros de los que seguramente la libraría su buena fortuna.

Había de prepararse para una entrevista que podría ser definitiva en su vida.

Para aquella hora había citado al padre Jimmie Spottswode, y el famoso banquero no tardaría en llegar.

Efectivamente: apenas había cambiado su *toilette* de calle por una de noche y apenas había dado los últimos toques de rimel a sus ojos y de carmín a sus labios, cuando se hizo anunciar el banquero Spottswode, quien poco después era recibido por la artista con la más encantadora de sus sonrisas.

Cambiados los saludos de rigor y frente a frente el hombre y la mujer, comenzó Mr. Spottswode diciendo:

—Señorita. Yo siempre he tenido un alto concepto del talento de la mujer y especialmente le tengo del suyo, por darse en usted algunas de las cualidades más características del sexo femenino... No me interrumpe — expuso al ver que la joven con una sonrisa, pretendía poner fin a tan hartero principio.

—Usted, señorita, — continuó el millonario — ha sido muy hábil; pero no se ha dado cuenta de que los millones de mi hijo son todavía míos. Mi hijo es un muchacho incierto, sencillo, fácil al deslumbramiento de sus caricias y aunque me figuro que no la costó mucho su conquista deseo compensarla el tiempo perdido en ella... ¿Qué quiere Vd.?

—Se equivoca Mr. Spottswoode... Yo no pierdo nunca el tiempo... Se lo demostraré casándome con su hijo... Me conviene ser la esposa de Jimmie Spottswoode...

—Señorita: mi hijo prefiere compensarla a usted. Ha vuelto a sus plácidos amores con la señorita La Fosse con quien en breve contraerá matrimonio. Él mismo me envía para que la haga una bonita proposición.

—Es igual. A pesar de usted y a pesar de su hijo, me casaré con él, si no quiere que haga público lo del fraude del Banco... La debilidad de Jim es escribir cartas y las que me escribió me aseguran el éxito en esta empresa.



— Dinero

—Le compro a usted esas cartas...

—¡Qué niño!... Aunque las destruyera usted, no podría impedir que hablase y es lo mismo... Además el dinero no me importa... Puedo conseguirlo de mil maneras... Lo que me importa es ser la esposa del hijo de Spottswoode...

—Va a ser difícil que lo consiga, señorita.

—Mi resolución está hecha... Dentro de muy poco seré la esposa de su hijo...

Cuando salió del cuarto de la cínica artista, el banquero Spottswoode, sonreía beatí-

ficamente, como si no diese importancia a la conversación. Estaba seguro de que lograría arrancarle las cartas y de que aquella unión no se verificaría nunca...

La Canaria, cuando el banquero hubo salido, sonrió satisfecha del cauce en que resbalaban sus asuntos, encendió un pitillo y pidió comunicación con uno de los enamorados a quien sabía incondicional.

—¿Mannix?... ¿Mi querido Mannix?...
¿Eres tú?...

—He de comunicarte una agradable noticia... Me caso...

—Sí, con el hijo de Spottswoode... Al fin...

—Si no quieres que tu mujer se entere de muchas cosas, empieza a preparar tu regalo de boda... Quiero que sea bueno. ¿Me entiendes?

—Tráelo a mi departamento esta noche después del teatro. Adiós monín... No te olvides.

—No te importe: casada o viuda siempre seré tu mejor amiguita, tunante.

Cuando colgó el teléfono se reía como una loca.

Poco después había repetido la conversación, con el doctor Linquist, otro de los enamorados incondicionales, y con mister Cleaver, el gran moralizador, y también a éstos como al anterior les hizo la recomendación del regalito.

—¡Pobres viejecitos míos! —exclamó cuando hubo colgado el teléfono definitivamente. Estoy segura de que no me falla ninguno.

Ahora el único peligro que he de evitar es el de mi señor marido. Ese es de más cuidado... Esé pincha...

Las cortinas de su habitación de noche cayeron sobre ella. Iba en busca del consejo de la almohada. Poco después se apagó la luz en sus habitaciones. ¿Quién había de decir a la bella artista que aquella había de ser su última noche? Sin juventud se hubiera reído de la amenaza y, sin embargo, así fué.

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas
Escríba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a)
BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

SEGUNDA PARTE

EL CRIMEN

La Canaria después del teatro se retiró al hotel, pues esperaba en él que sus amigos la llevasen aquella noche, los regalos de boda que la prometieran el día anterior.

Uno por uno fueron entrando los enamorados a los que *La Canaria* había citado con una diferencia de media hora. Tras ellos visitó a la artista el millonario Spottswoode. Cuando éste hubo salido de su cuarto, y al llegar frente al portero del hotel, un grito partió de las habitaciones de la artista. Rápidamente, tanto el millonario como el portero, corrieron a la puerta de sus habitaciones.

—¿La pasa algo, miss O'Dell?—preguntó el banquero llamando con los nudillos a la puerta del cuarto de la artista.

—No, mister Spottswoode... No ha sido nada... Me pareció oír un ruido extraño...

—¿Desea usted algo...?

—No se preocupe... Váyase a casa y ma-

nana por la mañana venga, que le espero...

El portero que había estado mirando por la cerradura, no pudo ver otra cosa que el brazo de la artista, entre cuyos dedos ardía un cigarrillo.

Tranquilos ambos, sonrieron, viendo que no pasaba nada a la artista, y el portero quedó en su puesto, y el millonario penetró en su coche diciéndole al chófer.

—¡Al club Stuyvesant...!

○○○

Pocos momentos después llegaba el hijo del millonario al hotel, dispuesto a tener una última conferencia con *La Canaria*, con la que quería romper de un modo absoluto.

El portero quiso anunciarle previamente por el teléfono; pero no contestaban.

Acompañó a Jim a la puerta de la artista. Llamó a ella y tampoco fué contestado.

—No contesta... ¿Se habrá puesto enferma?

Volvieron a llamar más fuerte, y ya tranquilos hicieron irrupción ambos en la habitación de *La Canaria*.

El bello cuerpo de la artista yacía exánime en una otomana. El rostro amoratado y los ojos fuera de sus órbitas les hicieron ver que estaba muerta.

La Canaria había muerto estrangulada.

Momentos después el fiscal del distrito era avisado por la policía, la que tras muchas investigaciones, optó por apresar a cuantos aquella noche habían visitado a la artista.

Con el fiscal, mister Markham, llegó también el abogado Philo Vance, que quiso practicar por su cuenta algunas investigaciones, y estuvo presente en la toma de declaraciones de los testigos, de los cuales todos ellos estaban descartados. El último que salió del cuarto de la artista era el millonario Spottswoode, y ya saben nuestros lectores que la misma artista habíale dado las buenas noches ante el portero del hotel.

El sargento de policía, creía que se trataba de un caso de asesinato por robo. No había huellas digitales... El que la mató no era ningún *amateur*. Era un *trabajo* demasiado perfecto.

Philo Vance hizo algunas apuntaciones en su carnet, después de observar calladamente la estancia.

Era seguro que no se trataba de un crimen por robo. Las joyas de la artista estaban intactas en el tocador. Solamente una puerta se resistió ante la policía. La llave de aquella puerta estaba puesta por dentro. El asesino, seguramente, una vez cometido el crimen saltó por la ventana de aquel cuartucho a la calle, cerrando la puerta tras de sí.



- No, nada: Ayúdame a vestirme

Philo Vance, no estaba conforme con aquella versión. En aquel cuarto hubo un hombre que seguramente sería testigo presencial del hecho. Estaba seguro que el criminal había salido por la puerta principal del hotel. No sabía cómo justificar aquella idea que se le había aferrado al cerebro; pero allí estaba, como burlándose de su impotencia.

El hombre que salta por una ventana, se decía, no coloca en las manos de la víctima un cigarrillo encendido, ni coloca una lámpara tendida en el suelo, como para de-

mostrar que hubo lucha. La lámpara, al caer, se hubiera roto, y estaba intacta, y el cigarrillo no tenía otro objeto que el de despistar durante unos minutos al que observase el cuarto de la artista por el ojo de la cerradura. Además, el que estuvo encerrado en aquel cuartucho que servía para guardar trastos, no había penetrado en la estancia. En la parte más alta del quicio, una arañita había tendido sus hilos sobre la puerta y el quicio. De haber abierto la primera los débiles hilos de araña no estarían intactos. Y, sin embargo, un hombre había saltado por aquella ventana al jardín, en el cual se veía la huella de sus fuertes zapatos bajo la ventana.

Philo Vance dió una lista al sargento de aquellos testigos a quienes había de retener. Era preciso estudiarles a todos.

Al salir de la casa donde ocurriera el crimen tropezó el avispaido jurisconsulto con un periódico y sobre el periódico, trazadas con lápiz, unas señales triangulares que parecían haber sido trazadas por una mano nerviosa por los trazos rotundos que les definían.

El pedazo del periódico fué a parar a la cartera del abogado con algunos otros objetos que encontrara en la sala donde se cometiera el crimen.

Una hora después, se encontraban reunidos

dos en el despacho del fiscal, éste, Mr. Vance y el sargento de policía del distrito.

—¿Están todos? —preguntó el fiscal al policía.

—Todos —contestó éste.

—Haga pasar a Manuix en primer lugar.

Nuestros lectores conocen a este hombrecillo, uno de los adoradores a quienes *La Canaria* había pedido la enviase su regalo de boda.

Philo Vance, había colocado al alcance de los testigos un block de notas y un lápiz.

Cuando el hombrecillo se hubo serenado algo, Mr. Markham le preguntó mostrándole el collar con que fué estrangulada *La Canaria*.

—¿Conoce usted este collar?

—Sí —contestó nervioso el hombrecillo—. Se lo regalé yo a *La Canaria* como regalo de boda... ¿Usted comprende...?

—¿Sabe usted que anoche extrajeron a *La Canaria* con este collar...? ¿Dónde estaba usted anoche?

—En casa... A las diez estaba en la cama...

Mr. Maunix se había apoderado del lápiz y sobre el cuadernillo de papel, trazaba triángulos y más triángulos idénticos a los que aparecían en el periódico encontrado.

—¿Si estaba usted en casa a las diez,

a qué hora tiró usted este periódico que salió a las once, al pie de la ventana de *La Canaria*...?

El hombrecillo se quedó aniquilado, como si le hubieran dado con un mazo en la nuca.

Mr. Markham le dijo:

—Lo siento mucho, Mr. Manuix, pero hemos de detenerle.

Quiso hablar antes de salir para los calabozos; pero se dió cuenta del error cometido con sus tontas negativas y se dejó conducir pacientemente.

Tras él penetró en la estancia Mr. Cleaver, otro de los enamorados de la víctima.

—¿Quiere usted hacer el favor de decirnos mister Cleaver —preguntó el fiscal—, dónde estaba usted anoche alrededor de las doce...?

—Estaba paseando sólo en auto por la ribera del Hudson—contestó éste sin inmutarse.

Mr. Vence se acercó a él, y mostrándole la faja de un cigarro, le preguntó:

—¿Cómo explica usted entonces, el hallazgo de este anillo de cigarro con sus iniciales, cerca del departamento de *La Canaria*...?

Al verse cogido en una mentira protestó:

—Si estuve anoche en el departamento de

La Canaria, no quiere decir esto que sea yo el que la extranguló.

—¡Ah, vamos! ¿Con qué estuvo usted en su departamento...? Pues lo siento mucho, pero he de detenerle...

El interrogatorio del doctor Lindquist, hubo de ser abandonado a consecuencia del excesivo nerviosismo de éste que hacía imposible el acto por la excitación que padecía.

Cuando quedaron solos, el fiscal preguntó a Vences:

—¿Qué opináis?

—Estamos ante un caso difícil. Entre los detenidos está el asesino y, sin embargo, no puedo decir quién es, pues todos aparecen con alguna grave complicación. Basándonos en la psicología de cada uno podríamos, tal vez, hallar al verdadero culpable.

—¿Qué intenta usted hacer...?

—Si usted me lo permite, jugar una partida de pocker con los sospechosos en aquella habitación. Conozco el tipo del individuo que puede haber dado muerte a *La Canaria*, y es muy fácil que en el juego se descubra él mismo.

Poco después, alrededor de una mesa, se hallaban los dos Spottswoode, padre e hijo, y los señores Philo Vance, Manuix, Cleaver y el doctor Lindquist.

Philo Vance observaba el juego y calla-

ba. Sólo uno de los allí reunidos, y precisamente el menos inculpado, demostró estar en posesión de una serenidad absoluta y de un dominio de sí mismo, digno del que tan hábilmente cometiera el crimen.

La partida se dió por terminada, cuando el sargento de policía se presentó en la sala con la ficha de un sujeto conocidísimo de la policía y cuyas huellas digitales coincidían con las del hombre que había permanecido encerrado en el cuartucho que comunicaba con las habitaciones de *La Canaria*.

—Es Tony Skeel, el marido de la víctima, el cual, sin duda alguna, se hallaba en el cuarto de *La Canaria* cuando se cometía el crimen... Ha sido identificado por las huellas digitales y la policía le sigue la pista.

—No me gustaría —exclamó Mr. Vance—, estar en la piel del hombre a quien este sujeto veía seguramente desde su observatorio.

Ninguno de los encartados dió señales de inquietud.

Philo Vance, dando por terminada la partida, pidió una pluma estilográfica para firmar un cheque por la cantidad perdida.

La pluma se la dió Jim Spottswoode.

Mr. Vance firmó el cheque y entregó la pluma.

En aquel momento un ordenanza del fis-

cal puso en comunicación de los detenidos que estaban libres.

Cuando Philo Vance quedó con el sargento y el millonario Mr. Spottswoode, el policía les dijo:

—No quise decir nada delante de ellos; pero Skeel ha telefoneado al fiscal, diciéndole que está dispuesto a declarar todo lo que sabe...

Philo Vance exclamó:

—Me alegro, sargento... Así no tendré que preocuparme...

Y se marchó al círculo con Mr. Spottswoode, con el que estuvo hasta muy avanzada hora de la noche.

○ ○ ○

A la mañana siguiente, y cuando el fiscal esperaba al marido de *La Canaria*, que había de llevar la luz al misterioso crimen, le fué comunicada la noticia.

Tony Skeel había sido asesinado, sin duda, por la misma mano que había extrangulado a *La Canaria*.

Momentos después, Mr. Markham y Philo Vance se encontraban en el lugar del suceso, donde ya les esperaba el sargento, quien les mostró una pluma estilográfica, sin duda, olvidada por el asesino.

La pluma, a juicio del sargento y del fiscal, ponía fin al misterio, pues en ella, grabadas en oro, se veían las iniciales de Jim Spottswoode.

Philo Vance sonrió y exclamó:

—¡Al fin!

Los otros creyeron que se refería a lo que ellos daban por seguro, y salieron con dirección a la casa de *La Canaria*, donde Philo Vance quiso hacer una inspección ocular.

Todo estaba igual; sobre una silla una revista financiera que, sin duda, había servido para envolver un disco de gramófono, cuyo perfil había dejado sus huellas en el papel. Sobre la gramola una placa, sobre la que aún descansaba la aguja; la última, sin duda, que hizo sonar la artista.

Philo Vance hizo que le esperasen abajo el fiscal y el policía, y dió marcha al gramófono colocando la aguja sobre el principio de la placa que había llamado su atención.

Una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios. Dejó las cosas tal como estaban y bajó donde le esperaban el fiscal y el policía con los que se dirigió al juzgado, donde ya estaba preso e incomunicado Jim Spottswoode.

Mr. Markham le tomó declaración.

En principio negaba; pero cuando le mos-



...Tomando declaración de los testigos ...

traron su pluma estilográfica olvidada a los pies del asesinado, se echó a llorar, exclamando:

—Sí, yo los maté! ¡Yo los maté!

Mr. Vance le preguntó:

—¿Cómo explicas lo de la estilográfica, Jim...?

Mr. Markham que ya se creía en la posesión de la verdad absoluta y estaba orgulloso de su triunfo, se dirigió un poco frío a Mr. Vance, diciéndole:

—No se meta en eso, Vance... El misterio está prácticamente esclarecido...

—Lo estaría, amigo Markham —dijo éste a su vez—, si este chico no fuese absolutamente inocente.

Y tomó su sombrero dispuesto a marcharse. En su rostro habíase dibujado aquella característica sonrisa que tanto conocía Mr. Markham.

La duda volvió a reinar en el cerebro del fiscal que tanto conocía su amigo.

—¡No te vayas: explícate!

—Pase a verme al departamento de *La Canaria* y se lo demostraré.

El fiscal volvió a sus dudas. El sargento a despoticar contra el sabihondo y Jim a su calabozo, mientras Mr. Vance se dirigía al círculo donde seguramente encontraría a Mr. Spottswode que seguramente no sabría aún nada del encarcelamiento de su hijo.

Las primeras palabras que cuando estuvo seguro de que nadie les escucharía dejó caer lentamente Mr. Vance en el oído del banquero fueron éstas:

—Jim me ha confesado ser el asesino de *La Canaria* y de Skeel. Se encontró su pluma estilográfica a los pies del último asesinado.

Muy fuerte era el dominio de Mr. Spottswode; pero aquellas palabras le hicieron

palidecer y hubo de sentarse en una butaca para no caer.

Philo Vance le contemplaba insistente-mente.

El banquero había perdido todo su aplomo.

Se limpió la frente sobre la que resbalaba un sudor frío, humilló la testa y exclamó tapándose la cara con las manos:

—Jim es inocente... Yo solamente soy el culpable... ¡Pobre hijo mío!

Philo Vance le dijo:

—¡Hay que salvarle! ¡Valor Spottswode! Dentro de una hora le espero en las habitaciones de *La Canaria*.

Cuando llegó a ellas le esperaban el fiscal y el sargento que le preguntaron cuando le vieron llegar solo.

—¿No nos trae usted al asesino?

—El asesino vendrá solo. Así por lo menos me lo ha prometido. Sin obtener su declaración yo no puedo obrar de delator, aunque se cómo se cometió el crimen de *La Canaria*...

En aquel momento entró uno de los agentes del distrito que comunicó al fiscal que Mr. Spottswode se había suicidado en sus habitaciones.

—¡Muerto! —exclamó con rabia Vance—. ¡Muerto...!

—Comprendo su pesar —expuso el fis-

cal—. Sabía que les unía a ustedes una íntima amistad.

—¡No es por eso Markham: no es por eso! Mr. Spottswode, el padre de Jim, fué el autor de la muerte de *La Canaria* y de Skeel... Después de la partida de pocker estaba convencido de ello. El único que poseía entre los jugadores, la calma y la imaginación suficientes para dar un golpe tan brillante era Spottswode... y ha muerto. Se nos lleva la declaración.

—Pero aún admitiendo su suposición, ¿cómo explica el hallazgo de la estilográfica de Jim en la habitación de Skeel...?

—Se la pedí prestada a Jim, después del juego y en la confusión se la devolví a su padre. Esta también es la causa de la confesión de Jim que sabía que el que se llevó su pluma fué el autor de sus días y quiso salvarle, comprometiéndose así propio.

—Es posible Vance que tenga razón, pero tendrá que probarlo si quiere que ponga en libertad a Jim.

Ahora le explicaré cómo se cometió el crimen.

Y el agudo abogado como si lo hubiese presenciado fué colocando el cigarrillo encendido sobre el brazo del diván, colocó la lámpara en el suelo, tal y como lo hiciera el asesino, y ordenó a todos que salieran y mirasen por el ojo de la cerradura.



Tony Skeel había sido asesinado

Efectivamente: el humo del cigarrillo encendido sobre una mano muerta hacía creer al observador que una persona tumbada en el diván fumaba en una cómoda posición horizontal.

Cuando esto hubo probado, mandó salir a todos y después de poner en marcha el gramófono con la misma placa que en él había puesta salió cerrando la puerta tras de sí y dirigiéndose con todos hacia la puerta de entrada.

Hablando estaba con el mismo portero

negro que acompañó la noche del crimen a Mr. Spotts Woode, cuando un grito desgarrador sonó en las habitaciones que fueron de la artista. Corrieron todos a la puerta y Vance, deteniéndoles, llamó con los nudillos y preguntó:

—¿Le pasa algo, señorita?...

Una voz parecida a la de la artista respondió desde el interior:

—No, míster Spottswode... No ha sido nada... Me pareció oír un ruido extraño... No se preocupe... Váyase a casa, y mañana por la mañana venga, que le espero...

El fiscal irrumpió en la estancia, dispuesto a saber quién era el que en el interior hablaba.

Pero en el interior no había nadie...

Solamente el gramófono giraba y giraba en silencio ya, y así giraría hasta acabar la cuerda.

El fiscal y el sargento contemplaban la estancia sin comprender aún el misterio. Míster Markham fué el primero que se dió cuenta y corrió a estrechar la mano de Vance, mientras le decía:

—¡Prodigioso, Vance! ¡Prodigioso! No me explico lo que le indujo a probar el disco...

—Muy sencillo... La clave está en esa revista financiera sobre la que se dibuja el perfil del disco. Me llamó la atención una revista financiera en casa de La Canaria... Lue-

go, el disco carecía de marca. Parecía un disco de prueba... La aguja gravitando sobre él. Ya saben ustedes que generalmente al acabar el disco se levanta el brazo de la aguja para que no se estropee la placa... Y así, de deducción en deducción... ¿Puede usted soltar a Jim, querido Markham?

Poco después, caía Jim en brazos de la señorita La Fosse, su futura esposa, y ambos jóvenes extrechaban las manos del abogado, que en compañía del fiscal se dirigió a su club, limpiándose una lágrima.

El sargento de policía, al salir, se despidió de él, diciéndole:

—Hemos resuelto otro misterio, Mr. Vance...

—Sí, muchacho—contestó éste—. Somos dos hombres de talento.

Poco después, Mr. Vance fumaba cigarrillo tras cigarrillo en el Club. Se le podía confundir con uno de los muchos imbéciles incapaces de nada útil. Y, sin embargo, en aquel cerebro había un hombre, o al contrario: es igual.

FIN

Las más Grandes Figuras de la Pantalla

solamente las encontrará en

BIBLIOTECA FILMS

y

FILMS DE AMOR

Mary Pickford

Pola Negri

Gloria Swanson

Bebé Daniels

Raquel Meller

Alice Terry

Jacobini

Colleen Moore

Laura La Plante

Dolores del Rio

Vilma Banki

Dolores Costello

D. Fairbanks

Ramón Novarro

Charlot

Adolfo Menjou

Lon Chaney

Gary Cooper

Ant. Moreno

Chiquilín

George O'Brien

Emil Jannings

Ronald Colman

John Barrimore

Lo más selecto del repertorio de estos artistas figurá

en el nuevo CATÁLOGO GENERAL 1930

que se remiten gratis, solicitándolo a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

450
¿Quiere usted conocer la vida artística de sus artistas predilectos?

Coleccione las biografías publicadas por

BIBLIOTECA FILMS

(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

Antonio Moreno

Ramón Novarro

John Barrimore

John Gilbert

Fred Thomson

Lillian Gish

Charlot

Dolores del Rio

Adolfo Menjou

Janet Gaynor

5 CÉNTIMOS

VOLUMEN

ellos y colecciones completas, previo importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona